

refresque el entendimiento (con nueva consideracion), y juntamente sustente el fuego y calor en la voluntad. Esto se hará cómodamente, repartiendo las siete peticiones de él por los siete dias de la semana, tomando cada dia la suya, con título y nombre diferente, que á cada una le cuadre; á la cual reduzgamos todo lo que en aquella peticion pretendemos, y lo que hay en todo lo que deseamos alcanzar de Dios.

Las peticiones ya se saben: los títulos y nombres de Dios son estos: Padre, Rey, Esposo, Pastor, Redentor, Médico, y Juez; de manera. que el Lunes despierte cada uno diciendo: *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu Nombre.*

El Martes: *Rey nuestro, venga á nos el tu Reino.*

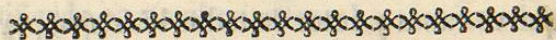
El Miércoles: *Esposo de mi alma, hágase tu voluntad.*

El Jueves: *Pastor nuestro, el Pan nuestro de cada dia dánoslo hoy.*

El Viernes: *Redentor nuestro, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros las perdonamos á nuestros deudores.*

El Sábado: *Médico nuestro, no nos dejes caer en la tentacion.*

El Domingo: *Juez nuestro, libranos de mal.*



PRIMERA PETICION,

PARA EL LUNES.

Aunque el nombre de Padre es el que mejor cuadra á todas estas peticiones, y el que nos dá mayor confianza, y por el cual se quiso obligar el Señor á darnos lo que pedimos; con todo eso, no haremos contra su disposicion y ordenacion, en añadir los demas títulos, pues con tanta verdad le pertenecen; además de que con ellos la devocion se despierta, y se aviva el fuego del altar de nuestro corazon, con renovar la leña, y toina esfuerzo nuestra confianza, considerando, que al que es Padre nuestro, le pertenecen tan gloriosos títulos, y á nosotros tan favorables. Pues para que el fuego tenga todo el Lunes que gastar en solo este nombre de Padre, y primera peticion, considere: que su Padre es Dios, trino en personas, y uno en esencia, principio y autor de todas las cosas: un ser sin principio,

2.

que es causa y autor de todos los seres, por quien nos movemos, y en quien vivimos, y por quien somos, que todo lo sustenta, todo lo mantiene. Y considérese á sí, que es hijo de este Padre tan poderoso, que puede hacer infinitos mundos, y tan sábio, que los sabrá regir á todos ellos, como sabe regir este, sin faltar su providencia á ninguna criatura, desde el mas alto serafin, hasta el mas bajo gusanillo de la tierra; tan bueno que de valde se está siempre comunicando á todas, segun su capacidad: y en especial considere el hombre, y diga: ¡cuán bueno es este Padre para mí! pues quiso que tuviese yo ser, y gozase de esta dignidad de hijo suyo, dejándose por crear á otros hombres que fueran mejores que yo; ponderando aquí lo que merece ser amado y servido este Padre, que por sola su bondad crió para mí todas las cosas, y á mí para que le sirviese y gozase de él. En tal ocasion pedirá para todos los hombres, luz con que le conozcan, y amor con que le amen y agradezcan tantos beneficios, y que sean todos tales, tan virtuosos y santos, que en ellos resplandezca la imagen de Dios su Padre, y que sea en todos glorificado y san-

3.

tificado su nombre paternal, como nombre de Padre que tales hijos tiene, que parecen al Padre que los crió.

Tras esto se sigue luego (trayendo á la memoria los muchos pecados de los hombres) un grave dolor de ver ofendido tan buen Padre de sus ingratos hijos; y el alegrarse de ver que haya siervos de Dios en quien resplandezca la santidad de su Padre; entristeciéndose de cada pecado y mal ejemplo que viere; alegrándose juntamente de cada virtud en quien las viere y oye-re; dando gracias á Dios, porque crió los santos mártires, confesores, y vírgenes, que manifestamente mostraron ser hijos de tal Padre. Luego tras esto se sigue la confusion de haberle en particular ofendido; de no haberle agradecido sus beneficios, y de tener tan indignamente el nombre de hijo de Dios, que debe engendrar pechos reales y generosos, considerándose aquí las condiciones de los padres, como aman á sus hijos aunque sean feos; como los mantienen aunque sean ingratos; como los sufren aunque sean viciosos; como los perdonan cuando se vuelven á su casa y obediencia; como estando ellos de todo descuidados,

los padres les acrecentan sus mayorazgos y haciendas. Considerando como todas estas condiciones están en Dios con infinitas ventajas, lo cual es causa de enternecerse el alma, y cobrar confianza de nuevo, de perdon para sí, y para todos, y no menospreciar á nadie, viendo que tiene tal Padre, que es comun á hombres y ángeles.

El dia que anduviere con esta petition, ha de reducir todas las cosas á esta consideracion, como las imágenes que mirare de Cristo, diga: este es mi Padre. La leccion que oyere: esta es carta que me envía mi Padre. Lo que viste, lo que come, lo que le alegra: todo esto viene de la mano de mi Padre. Lo que le entristece, lo que le dá pena y trabajo, todas las tentaciones: todo me viene de la mano de mi Padre, para mi ejercicio y mayor corona; y así diga con afecto: *Santificado sea su santo Nombre.*

Con esta consideracion y presencia de Dios, se esfuerza el alma á parecer hija de quien es, y agradecer tantos beneficios, causándole singular alegría, verse hija de Dios, hermana de Jesucristo, heredera de su reino, y compañera en la herencia con

el mismo Cristo; y como ve que el reino de Dios es suyo, desea que todos sean santos, porque crezcan aquellos bienes; pues mientras mayores y mas fueren, mas parte le cabrá á ella de ellos. Viene muy bien aquí, considerar aquella primera palabra que Cristo dijo en la cruz: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen; porque en ella resplandecen las condiciones de las entrañas paternas de Dios; y hacer en este paso actos de caridad para con los que nos han injuriado, y el apercibirse el hombre para cuando le injuriaren mas. Aquí es muy á propósito la historia del hijo Pródigo, á donde se pinta mas al vivo la piedad paternal para con un hijo perdido, y despues ganado, y restituido en su dignidad.

SEGUNDA PETICION.

PARA EL MARTES:

Rey nuestro, venga á nos el tu reino.

Hecho este examen de parte de noche, de la manera que se ha hecho el lunes, síguese entrar el alma con su Padre Dios, y pedido perdon de la tibieza con que ha mirado por su honra, gloria, y santificacion, apercíbase el dia siguiente (que es el martes), para tratar este dia como á Rey, al que el pasado trató como á Padre; y así, en despertando salúdele diciendo: *Rey nuestro, venga á nos el tu reino.*

Viene muy bien esta peticion tras de la pasada, pues á los hijos se debe el reino de su Padre, diciendo de esta manera: si el mundo, demonio y carne, reinan en la tierra, reina tú, Rey nuestro, en nosotros, y destruye en nos estos reinos de avaricia, soberbia y regalo. De dos maneras se puede entender esta peticion: ó pidiendo al Señor que nos dé la posesion del reino de los cielos, cuya propiedad nos pertenece como

á hijos suyos, ó pidiéndole que él reine en nosotros, y que nosotros seamos reino suyo.

Ambos sentidos son católicos, y conforme á la santa Escritura, y así me lo dicen teólogos; porque del primero dijo el Señor: Venid, benditos de mi Padre, y posed el reino que os está aparejado desde el principio del mundo; y del segundo dice San Juan, que dirán los santos en la Gloria: Redemístenos, Señor, con tu sangre, é hicístenos Reino para tu Padre, y Dios nuestro. En estos sentidos hay un admirable primor, y es, que cuando Dios habla con nosotros, dice, que es el Reino nuestro; y cuando nosotros hablamos con él, le bendecimos, porque somos Reino suyo, y así andamos trocándonos con estos comedimientos celestiales. Yo no sé cual sea mayor dignidad del hombre, ó que se precie Dios de tenernos por Reino, y satisfacer su Magestad con esta posesion, siendo él quien es, ó querer el ser Reino nuestro, y dársenos en posesion; aunque por ahora mas me satisface el ser nosotros Reino suyo, pues de aquí nace el ser Rey nuestro. Dijo á Santa Catalina de Sena: piensa tú de mí, que yo pensaré de tí. Y á cierta Ma-

dre: ten tú cargo de mis cosas, que yo lo tendré de las tuyas. Pues tomemos á nuestro cargo el hacernos tales, que se precie su Magestad de reinar en nosotros, que él le tendrá de que nosotros reinemos en él. Y este es el reino de quien el mismo Señor dijo en su evangelio: Buscad primero, y ante todas cosas el reino de Dios, y descuidad de lo demás, pues lo tiene á su cargo vuestro Padre. De este reino asimismo dijo San Pablo, que era gozo y paz en el Espíritu Santo.

Consideremos, pues, que tales es razón que sean aquellos de quien Dios se precia de ser su Rey, y ellos de ser su reino; qué adornados de virtudes, qué compuestos en sus palabras, qué magnánimos, qué humildes, qué mansedumbre de su semblante, qué sufridos en sus trabajos, qué limpieza de almas, qué pureza de pensamientos, qué amor unos con otros, qué paz y tranquilidad en todos sus movimientos, qué sin envidia unos de otros, y qué deseos del bien de todos.

Consideremos lo que pasa en los buenos vasallos con su Rey, y de aquí levantaremos el pensamiento al del cielo, y sa-

bremos cómo debemos habernos con el nuestro, y lo pedimos diciendo, que *venga á nos el su reino*. Todos vivimos debajo de unas leyes, obligados á guardarlas y hacer unos por otros, comunicándonos los unos las cosas que faltan á los otros. Estamos obligados á poner las haciendas y las vidas por nuestro Rey, descosos de darle contento en todo lo que se le ofreciere. En nuestros agravios acudimos á él por justicia, en las necesidades por medio: todos le sirven (cada uno en su manera) sin envidia unos de otros: el soldado en la guerra, el oficial en su oficio, el labrador en su labranza, el caballero, el marinero, y el que nunca le vió, le procura servir y le desea ver; y el segador que está sudando en el agosto, se huelga que el Rey tenga sus privados con quien se huelge y descanse: y porque el Rey quiere bien á uno, todos le sirven al tal, y le respetan: todos están á desear y procurar la paz y quietud entre sí, y que su Rey sea bien servido de todos.

Vamos ahora discurrendo por estas condiciones del reino, y aplicándolas á nuestro propósito: veremos, que lo que pedimos á Dios es, que sus leyes sean bien

guardadas, y él sea bien servido, y sus vasallos vivan en paz y tranquilidad. También pedimos que nuestras almas (dentro de las cuales está el reino de Dios) estén tan compuestas, que sean Reino suyo: que la república de nuestras potencias le sea muy obediente; el entendimiento esté firme en su fé, la voluntad determinada de guardar sus leyes santas (aunque le cueste la vida); las potencias tan conformes, que no resistan á su voluntad divina; nuestras pasiones y deseos tan pacíficos, que no murmuren de los preceptos que se les ponen de caridad, y tan sin envidia del bien ageno, que si no me comunicare Dios á mí tanto como á otros, no me dé pena, sino antes me alegre de ver que este Señor reine en la tierra y en el cielo, me dé yo por contento de servirle como tejedor, ó como otro comun oficial, y me dé por bien pagado de servir en algo en este reino; fualmente, que sea él servido y obedecido, y reine entre nosotros, y disponga de nosotros, de mí, y de cada uno, como Rey y Señor universal de todos.

Todo lo que en este dia hiciere ú oye-re, se ha de referir á esta consideracion de

Dios, Rey nuestro, como se refirió en la pasada, á Dios como Padre. Aquí viene muy bien aquel paso, cuando Pilatos, despues de acusado nuestro Redentor, le sacó delante del pueblo coronado de espinas, con una caña en la mano por cetro, y una ropa vieja de púrpura, diciendo: Veis aquí el Rey de los judios; y despues de haberle adorado en su reverencia (en lugar de las blasfemias y escarnios que le hicieron los soldados y judios cuando le vieron en aquella disposicion), hacer actos de humildad, con deseos de que las honras y alabanzas del mundo nos sean á nosotros corona de espinas.

TERCERA PETICION,

PARA EL MIERCOLES.

La tercera peticion es: *Hágase tu voluntad*, deseando que en todo se cumpla la voluntad de Dios; y aun pedimos mas, que se cumpla *en la tierra, como en el cielo*, con amor y caridad. Viene muy bien esta peticion tras las pasadas; pues es cosa tan justa que se cumpla en todo perfectísimamente la voluntad del Padre eterno por sus hijos, y la del Rey soberano por sus vasallos.

Y para mas nos despertar y conformar con esta voluntad; imaginemos a este Padre y Rey de los reyes, con título de Esposo amantísimo de nuestras almas. Y á quien con atencion considerare este nombre, y entendiere el regalo y favor que debajo de él se comprende, sin duda se levantarán en su corazon increíbles deseos de cumplir la voluntad de aquel Señor, que siendo Rey de la Magestad (resplandor del Padre, abismo de sus riquezas, y piélagos de toda hermosura, fortísimo, poderosísimo, sapientísimo, y amabilísimo), quiere ser de nosotros amado, y amarnos con re-

galado amor, como por este dulce nombre se significa.

Préciase mucho su Magestad de este nombre; y así, á Jerusalén siendo fornicaria y adúltera, convidandola á penitencia, le ruega que se vuelva á él, y que le llame Padre y Esposo, por darle confianza y seguridad, que será de él recibida.

En este nombre se especifica todas las prendas del regalado y confiado amor: el trueco é igualdad de las voluntades, pide todo el amor y todo el cuidado, y todo el corazon; así despues que Dios hizo el concierto y la escritura del desposorio con Israel en el desierto, le pidió y mandó que le amase con todo su corazon, con toda su alma, entendimiento y voluntad, y con toda su fortaleza. ¡Cuan recatada, pues, ha de andar la Esposa que es amada de tan gran Rey, y compuesta en todo lo exterior é interior.

Considere las joyas y aderezos con que este Esposo suele adornar á sus Esposas, y procure disponer su alma para merecerlas, que no la dejará pobre, ni desnuda ni desataviada; y pídale las que mas agradan á su Magestad. Póngase á sus

pies con humildad, que alguna vez tendrá por bien este Señor, de levantarla con soberana clemencia, y recibirla en sus brazos, como lo hizo el rey Asuero con la reina Estér.

Puede considerar la pobreza del dote que ella lleva á este desposorio, y la riqueza del dote del Esposo, y como por virtud de sangre compró de su Padre nuestras almas para Esposas suyas (siendo primero esclavas de Satanás), y como por esta causa (con mucha razon) se puede llamar Esposo de sangre: el cual desposorio se hizo en el bautismo, dándonos su Fé, con las demás virtudes y dones, que son el arreo de nuestras almas: y como todos los bienes de Dios son nuestros por este desposorio, y todos nuestros trabajos y tormentos son de este dulcísimo Esposo; que tal truco hizo con nosotros dándonos sus bienes, y tomando nuestros males. Quien esto considerare, con qué dolor verá ofenderle, y con qué alegría servirle? ¿quién podrá sin lástima ver tal Esposo á la columna atado? en la cruz enclavado? y puesto en el sepulcro, sin rasgarse las entrañas de dolor? Y por otra parte, quién podrá verle triunfan-

te, resucitado, y glorioso, sin alegría incomparable?

En este dia vendria bien considerarlo en el Huerto, postrado delante de su eterno Padre, sudando sangre, y ofreciéndose á él con perfectísima resignacion, diciéndole: no se haga mi voluntad sino la tuya. Los actos de este dia han de ser de gran mortificacion, contradiciendo su propia voluntad, y renovando los tres votos de Religion, dándose por muy contento de haberlos hecho, y de haberle tomado por Esposo, y renovado y confirmado este desposorio en la Religion, y los Religiosos tambien sus buenos propósitos, fidelidad, y palabras tantas veces puestas, con Esposo de tal autoridad.